

Cristo, Nuestra Vida—Próximo a Manifestarse

No. 617

**SERMÓN PREDICADO EL DOMINGO POR LA MAÑANA, 26 DE FEBRERO DE 1865
POR C. H. SPURGEON
EN EL METROPOLITAN TABERNACLE, NEWINGTON**

«Cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también os manifestaréis con él en gloria» (Colosenses 3:4)

Mi discurso los domingos por la mañana es muy frecuentemente la recopilación de los pensamientos y experiencias de la semana — un puñado de cebada que he espigado entre las gavillas. Pero no podría imponeros esta mañana las producciones empobrecidas de mi propia e insufrible torpeza mental, el cansancio del corazón y la enfermedad del espíritu durante esta semana, pues esto sería un método seguro para haceros partícipes de mi miseria.

He vagado por un desierto, pero no esparciré puñados de arena ardiente entre vosotros. He atravesado el valle de sombra de muerte, pero no repetiré los aullidos de Apolión. Este día de reposo está designado para un propósito mucho mejor.

Apenas sabiendo cómo cumplir con el servicio designado esta mañana, me siento y recuerdo al antiguo trovador, quien, cuando el genio del canto se había apartado de él por un tiempo, no obstante, fue llamado a producir dulce música. ¿Qué podía hacer sino pasar sus dedos entre las cuerdas de su arpa y comenzar alguna antigua melodía acostumbrada?

Sus dedos y sus labios se movieron al principio mecánicamente. Las primeras estrofas brotaron de él por mera fuerza de la costumbre, y cayeron como piedras sin vida ni poder, pero, poco a poco, tocó una cuerda que despertó los ecos de su alma, una nota cayó en su corazón como una antorcha ardiente, y el fuego latente dentro de su alma de repente llamó — la musa celestial estaba con él y cantó como en sus mejores tiempos.

Que así sea mi feliz suerte esta mañana — colocando mis dedos en las cuerdas que tan bien conocen el nombre de Jesús, y comenzando a discurrir sobre un tema que tan constantemente ha hecho resonar estas paredes, aunque al principio períodos insípidos puedan probar vuestros pacientes oídos, sin embargo, conducirán a algo que pueda encender en vosotros esperanza, gozo y amor, si no éxtasis y deleite.

¡Oh, por alas de águilas para elevar nuestras almas hacia el trono de nuestro Dios! ¡Ya mi corazón se calienta con la expectativa de una bendición!

¿Siente la tierra la salida del sol antes de que los primeros rayos brillantes doren el oriente? ¿No hay aves de agudo ingenio, que saben dentro de sí mismas que los rayos del sol están en camino, y por lo tanto comienzan muy gozosamente a despertar a sus compañeras para decirles que la mañana viene saltando sobre las colinas? Ciertos pensamientos esperanzadores y gozosos han entrado en nuestro corazón, proféticos de la divina aparición del Consolador, para alegrar nuestras almas.

¿No profetiza toda la tierra la llegada de los felices días de primavera? Hay ciertos pequeños bulbos que se hinchan, y flores que se asoman bajo el moho negro, y dicen: «Sabemos lo que otros no saben, que el verano viene, viene muy pronto». Y seguramente hay esperanzas nacientes dentro de nosotros esta mañana que muestran sus flores doradas sobre nuestra pesadez, y nos aseguran con acentos gozosos, que Cristo viene a alegrar nuestros corazones una vez más.

Creyente, contemplarás una vez más su presencia consoladora. Ya no clamarás a él desde las profundidades, sino que tu alma se apoyará en su brazo y beberá profundamente de su amor. Amados, procedo con la esperanza de que el bondadoso Señor favorecerá a su más indigno siervo y, en su misericordia, cumplirá nuestras mejores expectativas.

Nuestro texto es muy simple y presenta en su superficie cuatro pensamientos. A saber: primero, que Cristo es nuestra vida. Segundo, que Cristo está escondido y así también nuestra vida. Tercero, que Cristo un día se manifestará. Y cuarto, que cuando Él se manifieste, nosotros también nos manifestaremos con Él en gloria.

I. La primera doctrina más preciosa y experimental yace en estas palabras: «CRISTO QUE ES NUESTRA VIDA».

Apenas nos damos cuenta de que estamos leyendo en Colosenses cuando nos encontramos con esta expresión maravillosamente rica. Es muy parecida a la forma de hablar de Juan. Véanse sus palabras iniciales en su Evangelio: «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres».

Recordemos cómo relata las palabras en la tumba de Lázaro: «Yo soy la resurrección y la vida». Con qué familiaridad habla del Señor Jesús bajo el mismo carácter en su primera epístola: «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos, tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó)».

¡Cuán estrechamente se aferra Juan a Jesús! No dice, como lo hará el predicador esta mañana: Cristo es el alimento de nuestra vida, y el gozo de nuestra vida, y el objeto de nuestra vida, y así sucesivamente; no, sino: «Cristo es nuestra vida». Pienso que Pedro o Santiago habrían dicho: «Él es la fortaleza o guía de nuestra vida», pero Juan debe poner su cabeza directamente sobre el pecho del

Salvador, no puede hablar a distancia, ni susurrar desde un segundo asiento, sino que su cabeza debe descansar dulcemente sobre el pecho palpitante del Salvador. Debe sentirse en el contacto más cercano e íntimo posible con su Señor, y así lo expresa: «La vida fue manifestada», llegando de inmediato a la médula y al meollo del asunto.

Pablo tiene algo del mismo espíritu amoroso, y si no tiene derecho a ser llamado «aquel discípulo a quien Jesús amaba», el ángel bien podría haberse dirigido a él como lo hizo con Daniel: «Oh hombre, muy amado». Por eso, veis, se lanza de inmediato a las profundidades de la verdad y se deleita en sumergirse en ella. Mientras que otros, como los israelitas, se quedan fuera del límite que rodea el monte, él, como Moisés, entra en el lugar donde Dios está, y contempla la excelente gloria.

Nosotros, me temo, debemos rodear esta santa verdad por completo antes de poder entrar plenamente en ella. Bendito es esperar a las puertas de tal verdad, aunque mucho mejor es entrar. Entiéndase que no es de la vida natural sino de la espiritual de la que trata el texto, y entonces no extraviaremos a los ignorantes.

1. Cristo es la fuente de nuestra vida. «Porque como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere». Las propias palabras de nuestro Señor son: «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán».

Cuatro «de cierto», como para mostrar la importancia de la verdad aquí enseñada. Estamos muertos en pecado. Esa misma voz que sacó a Lázaro del sepulcro nos saca a nosotros de nuestra tumba de pecado. Oímos la Palabra de Dios y vivimos según la promesa: «Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo» (Efesios 5:14).

Jesús es nuestro Alfa, así como nuestro Omega — Él es el Autor de nuestra fe, así como su Consumador. Hasta el día de hoy estaríamos muertos en delitos y pecados si no se hubiera dicho: «Y a vosotros os dio vida». Es por Su vida que nosotros vivimos. Él nos da el agua viva, que es en nosotros una fuente de agua que salta para vida eterna.

2. Cristo es la sustancia de nuestra vida espiritual.

¿Qué es la vida? El médico no puede descubrirla. El anatomista busca en vano por ella, a través de la carne, los nervios y el cerebro. ¡Apresúrate, señor, con ese bisturí! «La vida acaba de partir», dicen los hombres. Corta rápido el corazón, y mira si no puedes encontrar, al menos, alguna huella persistente de la cosa partida llamada vida.

Sutil anatomista, ¿qué has encontrado? Mira ese cerebro — ¿qué puedes ver allí sino una cierta cantidad de materia extrañamente formada? ¿Puedes descubrir qué es la vida? Es verdad que en

algún lugar de ese cerebro y en esa médula espinal habita, y ese corazón con su perpetuo bombeo y jadeo tiene algo que ver con ello, pero ¿dónde está la sustancia, la verdadera sustancia de la cosa llamada vida?

Las alas de Ariel no pueden perseguirla — es demasiado sutil. El pensamiento la conoce, pero no puede capturarla — la conoce por ser ella misma como el pensamiento, pero no puede dar una imagen de ella, ni representar lo que es. En la nueva naturaleza del cristiano, hay mucho misterio, pero no hay ninguno en cuanto a cuál es su vida.

Si pudieras cortar hasta el centro del corazón renovado, encontrarías huellas seguras de vida divina, porque encontrarías amor a Jesús, más aún, encontrarías a Cristo mismo allí. Si caminas en busca de los manantiales del mar de la nueva naturaleza, encontrarás al Señor Jesús en la fuente de todo. «Todas mis fuentes están en ti», dijo David.

Cristo crea los latidos de vida del alma del creyente. Él envía los torrentes de vida a través del hombre según su propia voluntad. Si pudieras penetrar el cerebro del creyente, encontrarías a Cristo como el pensamiento central que mueve cada otro pensamiento, y hace que cada otro pensamiento eche raíces y crezca a partir de sí mismo. Encontrarías a Cristo como la verdadera sustancia de la vida interior de la naturaleza espiritual de cada alma vivificada por el aliento de la vida del cielo.

3. Cristo es el sustento de nuestra vida. ¿De qué puede alimentarse el cristiano sino de la carne y la sangre de Jesús? En cuanto a su vida natural, necesita pan, pero en cuanto a su vida espiritual, de la que ahora estamos hablando, ha aprendido que: «No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios vivirá el hombre». «Este es el pan que descende del cielo, para que del él coma y no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo».

No podemos vivir de la arena del desierto, deseamos el maná que cae de lo alto. Nuestros odres de piel de confianza en la criatura no pueden darnos una gota de humedad, pero bebemos de la roca que nos sigue, y esa roca es Cristo. Oh peregrinos cansados del camino en este desierto de pecado, nunca obtenéis un bocado, y mucho menos una comida, para satisfacer el hambre anhelante de vuestros espíritus, excepto que lo encontréis en Cristo Jesús.

Cuando os alimentáis de Él, vuestra alma puede cantar: «Él ha saciado mi boca de bienes, de modo que mi juventud se renueva como la del águila». Pero si no lo tenéis a Él, vuestro rebosante lagar y vuestro granero bien lleno no pueden daros ninguna clase de satisfacción. Más bien, os lamentaréis por ellos con las palabras de la sabiduría: «¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad!»

Oh, cuán ciertas son las propias palabras de Jesús: «Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él también vivirá por mí».

4. Cristo es el consuelo de nuestra vida. El arca de Noé tenía solo una ventana y no debemos esperar más. Jesús es la única ventana que deja entrar la luz en el espíritu del cristiano cuando está bajo una aflicción aguda. La imagen de Kirke White de su viaje nocturno, cuando una sola estrella de toda la hueste podía guiar el barco naufrago del marinero hacia el puerto de paz, es una representación débil pero veraz de la vida del cristiano en su hora de peligro.

Pablo dice que durante su desastroso viaje, «no apareciendo sol ni estrellas por muchos días, y acosados por una tempestad no pequeña, toda esperanza de salvación se había perdido»; pero entonces, justo entonces, el ángel de Dios estuvo a su lado. E igualmente el Señor Jesús se aparecerá a Sus santos en sus extremidades, y será su gozo y seguridad.

Y hermanos, si Cristo aparece, ¿qué importa dónde estemos?

«En las sombras más oscuras si Él aparece,

Mi amanecer ha comenzado;

Él es la brillante estrella de la mañana de mi alma,

Y Él mi sol naciente».

No habléis de pobreza. ¡Nuestras tiendas son las cortinas de Salomón y no las pieles ahumadas de Cedar cuando Cristo está presente! No habléis de necesidad. ¡Hay toda clase de frutos preciosos guardados para mi Amado cuando Él viene a mi choza! No habléis de enfermedad. ¡Mi alma ya no está enferma, a menos que sea de amor, sino llena de santa salud una vez que el Sol de Justicia ha salido con sanidad en Sus alas!

Cristo es la mismísima alma de la vida de mi alma. Su misericordia es mejor que la vida. No hay nada en la vida que valga la pena vivir sino Cristo. «¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra». El resto es mero desnatado y cuajada apta para darse a los cerdos, pero Cristo es la crema. Todo lo demás es la cáscara, el salvado y la harina gruesa y arenosa. El Señor Jesús es la harina pura. Todo lo que queda es la paja. Avientala y el viento se la llevará, o el fuego la quemará, y poco será la pérdida. Cristo es el grano de oro, la única cosa que vale la pena tener. La verdadera vida de la vida, la verdadera sangre del corazón, la fuente más íntima de la vida está en Jesús.

Para el verdadero cristiano, **Cristo es el objeto de su vida**. Como la nave se apresura hacia el puerto, así se apresura el creyente hacia el puerto del seno de su Salvador. Como la flecha vuela hacia su blanco, así vuela el cristiano hacia la perfección de su comunión con Cristo Jesús. Como el soldado lucha por su capitán y es coronado en la victoria de su capitán, así el creyente contienda por Cristo y obtiene su triunfo de los triunfos de su Maestro.

«Para él el vivir es Cristo» — al menos, esto es lo que busca, y considera que toda vida aparte de esto es meramente muerte en otra forma. Esa carne pecaminosa suya, ese barro pesado, esas muchas tentaciones, esa trinidad satánica del mundo, la carne y el diablo — todo esto estropea sus acciones externas. Pero si pudiera ser lo que quisiera ser, estaría como el novillo en el altar de Cristo para ser degollado, o marcharía hacia adelante como un novillo en el surco de Cristo para arar el campo comprado con sangre.

Desea que no tenga un pelo de su cabeza sin consagrar, ni respire un aliento que no sea para su Salvador, ni pronuncie una palabra que no sea para la gloria de su Señor. La ambición de su corazón es vivir tanto tiempo como pueda glorificar mejor a Cristo en la tierra que en el cielo, y ser llevado arriba cuando sea mejor para él y más honorable para su Maestro que esté con Jesús donde Él está. Como el río busca el mar, así, Jesús, te busco a Ti. ¡Oh, déjame encontrarte y fundir mi vida en la tuya para siempre!

De todo esto se deduce que **Cristo es el ejemplar de nuestra vida**. Un cristiano pone la vida de Cristo delante de sí como el escolar pone su copia en la parte superior de la página, e intenta trazar cada línea, trazo descendente y ascendente, según la caligrafía de Cristo Jesús.

Tiene el retrato de Cristo delante de sí, como el artista tiene en su estudio sus esculturas griegas, bustos y torsos. Sabe que en Cristo está toda la verdadera anatomía de la virtud. Si quiere estudiar la vida, estudia de Cristo, o si quiere aprender de cerca las bellezas de la antigüedad, estudia del Salvador, pues Cristo es antiguo y moderno, antiguo y también vivo, y por lo tanto, los artistas de Dios, en su escultura de vida, se ciñen al Salvador, y consideran que si imitan cada vena y hacen resaltar cada músculo de su gran modelo, entonces habrán producido la perfección de la humanidad.

No daría nada por vuestra religión si no buscáis ser como Cristo. Donde está la misma vida interior, allí habrá, debe haber, en gran medida, los mismos desarrollos exteriores. He oído decir, y creo que a veces lo he notado, que los maridos y las esposas que están verdaderamente unidos en un afecto conyugal cercano y querido, se vuelven algo parecidos en la expresión, si no en los rasgos.

Esto lo sé bien: que si el corazón está verdaderamente desposado con el Señor Jesús y vive en cercana comunión con Él, debe volverse como Él. La gracia es la luz, nuestro corazón amoroso es la placa sensible, Jesús es la persona que llena el lente de nuestra alma, y pronto se produce una

fotografía celestial de Su carácter. Habrá una similitud de espíritu, temple, motivo y acción. No se manifestará meramente en las cosas grandes, sino también en las pequeñas, porque hasta nuestro habla nos delatará.

Así veis que, después de todo, solo he estado vadeando por las orillas o, en el mejor de los casos, conduciéndoos hasta las rodillas en la corriente suavemente fluyente de mi texto. La experiencia debe guiarnos más allá, porque hay una gran profundidad aquí. Pablo podía percibirlo, porque no dice, como he estado diciendo: «Jesús es la fuente de nuestra vida, la sustancia de nuestra vida, el consuelo de nuestra vida, el objeto de nuestra vida, el ejemplar de nuestra vida», sino que dice: «Cristo es nuestra vida», y así es en verdad.

Así como tenemos una vida natural, de la que sabemos tan poco, así tenemos una vida espiritual que es mucho más misteriosa, y de ella sabemos, más allá de sus efectos y operaciones, poco más que esto — que Cristo es esa vida, que cuando tenemos a Cristo, tenemos vida eterna, que si tenemos vida es solo porque tenemos a Cristo en nosotros, la esperanza de gloria.

Debo hacer una pausa aquí para decir que lo que es verdad con respecto a nuestra vida espiritual ahora, es igualmente cierto con respecto a nuestra vida espiritual en el cielo. Diferentes como son las circunstancias de la vida en el cielo y la vida en la tierra, sin embargo, en cuanto a la esencia real, hay solo una vida en ambos lugares. Los santos en el cielo viven exactamente por la misma vida que los hace vivir aquí.

La vida espiritual en el reino de la gracia y en el reino de la gloria es la misma — solo que aquí es vida espiritual no educada, allí es educada y entrenada. Aquí es no desarrollada, es el bebé, el niño; allí es desarrollada, manifestada, perfeccionada. Pero en realidad, la vida es exactamente la misma. Los santos no necesitan nacer de nuevo después de haber sido regenerados una vez. Vosotros que habéis nacido de nuevo tenéis ahora dentro de vosotros la vida que durará por toda la eternidad. Tenéis la misma chispa vital de llama celestial que arderá en gloria, por los siglos sin fin.

No será una digresión si aquí observamos que, así como tenemos vida eterna al tener a Cristo, esto marca nuestra dignidad. «¡Cristo, nuestra vida!» ¿Por qué? Esto no puede decirse de príncipes o reyes. ¿Qué es su vida? Hablad de sangre azul y linaje, y tal, aquí hay algo más, aquí está el propio Hijo de Dios: ¡nuestra vida! No podéis decir esto de los ángeles.

¡Espíritus brillantes! vuestros cánticos son dulces y vuestras vidas son felices, ¡pero Cristo no es vuestra vida! No, esto no puede afirmarse de los arcángeles. ¡Gabriel! puedes inclinarte ante el trono de Dios y adorarle con alabanzas demasiado elevadas para mí, pero no puedes jactarte de lo que yo sí puedo reclamar: ¡que Cristo es mi vida! Incluso esos misteriosos ángeles de la presencia de quienes leemos en Ezequiel y Apocalipsis, llamados los cuatro seres vivientes, aunque parecen sostener el

trono móvil de la deidad, criaturas que parecen ser una encarnación del poder y la gloria divinos, sin embargo, incluso de estos no está escrito que Cristo sea su vida.

En esto, los hombres, redimidos, elegidos, favorecidos, se elevan a una altura sobrenatural, porque pueden decir lo que ningún espíritu excepto aquellos redimidos por la sangre puede aventurarse a afirmar: «Cristo es nuestra vida». ¿No explica esto la santidad cristiana? ¿Cómo puede un hombre vivir en pecado si Cristo es su vida? ¿Jesús mora en él y él continúa en pecado? ¡Imposible! ¿Puede pecar sin su vida? Debe hacerlo si peca, porque Cristo no puede pecar, y Cristo es su vida. ¿Por qué? Si veo al santo nunca tan abnegado, nunca tan celoso, nunca tan ferviente, nunca tan parecido a su Señor, ya no es de extrañar, ahora que entiendo que Cristo es su vida.

Ved cuán seguro está el cristiano. Ningún puñal puede alcanzar su vida, porque está escondida más allá de los cielos. Ninguna tentación, ningún soplo infernal, ninguna exhalación de los oscuros pozos de la tentación puede jamás, con fiebre ardiente o consunción helada, consumir espiritualmente la vida del cristiano. No, está escondida con Cristo, es Cristo, y a menos que Cristo muera, la vida del cristiano no muere. ¡Oh, cuán seguro, cuán honrado, cuán feliz es el cristiano!

Pero no podemos demorarnos más, el tiempo nos advierte que procedamos. Hay mucho más de lo que jamás podremos extraer. Bajad vuestros cubos, aquí hay un pozo profundo. Espero que tengáis algo con qué sacar agua. Los que tenéis vida interior tenéis. Los que no la tenéis, podéis mirar al pozo y ver la oscuridad, o el reflejo del agua, pero no podéis alcanzar el torrente refrescante. Solo vosotros que podéis sacar agua podéis conocer la excelencia de esta agua viva.

Ruego al Señor que os ayude a beber hasta saciaros y a sacar de nuevo, porque no hay temor de agotar jamás la inagotable plenitud de esta profunda verdad de Dios.

II. Ahora, como nuestro Señor Jesús aún no se ha manifestado en Su gloria, NUESTRA VIDA ESTÁ POR LO TANTO ESCONDIDA.

«La creación aguarda con ardiente anhelo la manifestación de los hijos de Dios», pero hasta ahora son desconocidos y no manifestados. La mayor parte de la vida del creyente no se ve en absoluto, y nunca puede ser vista por el ojo no espiritual. ¿Dónde está Cristo? Para el mundano en el momento presente, no existe tal persona como Cristo. Él dice: «No puedo verle, tocarle, oírle. Está más allá de todo conocimiento de mis sentidos. No creo en Él».

Tal es la vida espiritual para el incrédulo. No debéis esperar, porque seáis cristianos, que los incrédulos comiencen a admiraros y digan: «¡Qué misterio! Este hombre tiene una nueva vida en él. ¡Qué cosa tan admirable, qué posesión tan deseable! Ojalá participáramos de la misma». Nada de eso. Ellos no saben que tenéis tal vida en absoluto. Pueden ver vuestras acciones exteriores, pero vuestra vida interior está completamente fuera del alcance de su observación.

Cristo está en el cielo hoy, está lleno de gozo. Pero el mundo no conoce Su gozo. Ningún corazón mundano se jacta y se regocija porque Cristo se alegra en el cielo. Cristo hoy está intercediendo ante el trono del Padre, pero el mundo no ve las ocupaciones de Cristo. Las ocupaciones de Cristo están todas escondidas de los ojos carnales.

Cristo en este momento reina y tiene poder en el cielo, la tierra y el infierno — pero ¿qué ve de ello el hombre mundano? Jesús tiene comunión con todos Sus santos en todas partes, pero ¿qué discierne el impío? Podría estar de pie y predicar hasta la medianoche acerca de mi Señor, pero todo lo que los hombres inconversos ganarían sería oír lo que tengo que contar, y luego decir: «Quizás sea verdad», pero no podrían discernirlo, la cosa está más allá del conocimiento de los sentidos. Así es nuestra vida espiritual.

Amados, podéis reinar sobre el pecado, pero el pecador no comprende que seáis un rey. Podéis officiar como sacerdote delante de Dios, pero el hombre impío no percibe vuestro sacerdocio y vuestra adoración. No esperéis que lo haga. Vuestro trabajo se pierde si intentáis por cualquier medio introducirle en estos misterios, excepto por la misma puerta por la que vosotros mismos entrasteis.

Nunca intento enseñar astronomía a un caballo, y enseñar experiencia espiritual a un hombre inconverso sería una locura del mismo tipo. El hombre que no sabe nada de nuestra vida interior toma el *Progreso del Peregrino*, y dice: «Sí, es una alegoría muy maravillosa». Lo es, señor, pero las mentes no renovadas no saben nada de ello.

Cuando a veces hemos leído explicaciones del *Progreso del Peregrino*, no podíamos sino detectar que el escritor de la explicación había necesitado que se le explicara a sí mismo. Podía describir la cáscara, pero el meollo de la nuez estaba mucho más allá de su alcance. No había aprendido a cascar la cáscara y alimentarse de la carne.

Ahora, debe ser así, debe ser así, si Cristo es nuestra vida. Cristo se ha ido y no puede ser visto. Debe ser así que la mayor proporción de la vida espiritual sea para siempre un secreto para todos excepto para los hombres espirituales. Pero hay una parte que los hombres ven, y que puedo comparar a Cristo cuando estuvo en la tierra — Cristo visto de los hombres y de los ángeles.

¿Qué hizo el mundo con Cristo tan pronto como lo vieron? ¿Lo sentaron en la silla de estado, y se postraron y adoraron Su perfección absoluta? No, no lo hicieron — «Fue despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores y experimentado en quebranto». Fuera del campamento era Su lugar. El llevar la cruz fue para Él la ocupación, no de un día, sino de cada día.

¿Le dio el mundo consuelo y reposo? Las zorras tienen sus cuevas, las aves del cielo tienen sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tuvo dónde recostar Su cabeza. La tierra no pudo ofrecerle lecho, ni casa, ni refugio. Al final, lo expulsó para morir, y lo crucificó, y entonces le habría negado un sepulcro,

si uno de Sus discípulos no hubiera pedido Su cuerpo. Tal debéis esperar que sea la suerte de la parte de vuestra vida espiritual que los hombres pueden ver. Tan pronto como vean que es vida espiritual, la tratarán como trataron al Salvador. La despreciarán.

«¡Claro! —dicen ellos—. Lindas fantasías, bellas apariencias, ideas agradables». ¿Esperáis que os den consuelo vosotros, mundanos? ¿Esperáis que os den consuelo? ¿Pensáis que Cristo tendrá hoy en este mundo dónde recostar su cabeza, como no lo tuvo hace mil ochocientos años? Andáis buscando lo que Dios da a las zorras y a las aves, pero lo que Él nunca quiso daros en este mundo: un lugar para recostar la cabeza.

Vuestro lugar para recostar la cabeza está allá arriba, en el seno de vuestro Salvador, pero no aquí. Soñáis que los hombres os admirarán, que cuanto más santos seáis y más semejantes a Cristo, más pacíficas serán las personas con vosotros. Queridos amigos, no sabéis lo que estáis pensando. «*Basta al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de la familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?*» (Mateo 10:25).

Creo que si fuéramos más semejantes a Cristo, seríamos mucho más amados por sus amigos y mucho más odiados por sus enemigos. No creo que el mundo fuera hoy tan indulgente con la iglesia si no fuera porque la iglesia se ha vuelto complaciente con el mundo. Cuando alguno de nosotros habla con valentía, se nos imputan motivos mercenarios, nuestro lenguaje es tergiversado y somos aborrecidos por los hombres.

Obtenemos cosas suaves, hermanos, porque me temo que somos demasiado semejantes a los profetas que profetizaban *paz, paz*, donde no había paz. Seamos fieles a nuestro Maestro, mantengámonos firmes, salgamos y seamos como Él, y debemos esperar el mismo trato que Él recibió. Y si lo recibimos, solo podemos decir: «Esto es lo que esperaba».

“No es cosa sorprendente

Que debamos ser desconocidos;

El mundo judío no conoció a su rey,

El Hijo eterno de Dios.”

III. CRISTO SE MANIFESTARÁ.

El texto lo menciona como un hecho que se da por sentado. «*Cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste*» (Colosenses 3:4). No es una cuestión debatible en la iglesia cristiana si Cristo se manifestará o no. ¿Acaso no se ha manifestado Cristo ya una vez? Sí, de cierta manera. Recuerdo haber leído una expresión peculiar de un viejo teólogo de que el libro de Apocalipsis bien podría

llamarse un «Oscurecimiento», pues era más un ocultamiento que una revelación de las cosas venideras.

Así que, cuando Jesús vino, apenas fue una revelación; fue más bien un ocultamiento de nuestro Señor. Es cierto que Él fue *«manifestado en la carne»* (1 Timoteo 3:16), pero es igualmente cierto que la carne veló y ocultó su gloria. La primera manifestación fue muy parcial. Fue Cristo visto a través de un cristal, Cristo en la niebla del dolor y la nube de la humillación.

Cristo ha de manifestarse aún en el sentido fuerte de la palabra «manifestarse». Él ha de salir y resplandecer. Ha de dejar atrás las ropas de escarnio y vergüenza, y venir en la gloria del Padre y con todos sus santos ángeles. Esta es la enseñanza constante de la Palabra de Dios y la esperanza constante de la iglesia: que Cristo se manifestará.

Mil preguntas surgen de inmediato: ¿Cómo se manifestará Cristo? ¿Cuándo se manifestará Cristo? ¿Dónde se manifestará Cristo? y así sucesivamente. Lo que Dios responda, podemos indagarlo, pero algunas de nuestras preguntas son mera impertinencia. ¿Cómo se manifestará Cristo? Creo que Cristo se manifestará en persona. Siempre que pienso en la segunda venida, nunca puedo tolerar la idea de una venida espiritual. Eso siempre me parece la tontería más transparente que pueda concebirse, porque Cristo no puede venir espiritualmente —Él siempre está aquí. *«He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo»* (Mateo 28:20).

La venida espiritual de Cristo nunca puede ser aquella de la que habla la Escritura como el día de nuestra liberación. A veces digo a los hermanos: «¿Pensáis que si Cristo viniera espiritualmente ahora, observaríamos mejor las ordenanzas?» «Sí, ciertamente». «¿Pensáis, por ejemplo, que la ordenanza de la Cena del Señor sería mejor atendida?» «Sí, sin duda lo sería».

Sí, pero esto prueba que esta no es la venida de la que habla la Biblia, porque se dice expresamente de la Cena del Señor que debemos hacerla en memoria de Él, *«hasta que Él venga»* (1 Corintios 11:26). Una venida espiritual nos haría celebrarla con mayor celo. Debe haber otra forma de venida que justifique el abandono total de la cena, y esa debe ser de carácter personal —porque entonces, y solo entonces, la cena cesaría apropiadamente. No necesitaremos una cena que nos recuerde a la persona, cuando la persona misma esté presente en medio de nosotros, reinando y triunfante en su iglesia. Creemos en un reinado y una venida personales de nuestro Señor Jesucristo.

Pero, ¿cómo vendrá? Vendrá sin duda con gran esplendor. Los ángeles de Dios serán sus asistentes. Deducimos de las Escrituras que vendrá a reinar en medio de su pueblo, que la casa de Israel lo reconocerá como Rey. Sí, que todas las naciones se inclinarán ante Él y los reyes le rendirán homenaje. Nadie podrá resistirle. *«Los que le traspasaron, se lamentarán por causa de Él»* (Apocalipsis 1:7).

Vendrá a discernir entre los justos y los malvados, a separar las cabras de las ovejas. Vendrá graciosamente para adjudicar a su pueblo su recompensa según sus obras. Dará a los que han sido fieles en lo poco, autoridad sobre mucho; y los que han sido fieles en lo mucho, gobernarán sobre muchas ciudades.

Vendrá a discernir entre las obras de su pueblo —las que son solo madera, heno y hojarasca serán consumidas; las que son oro, plata y piedras preciosas resistirán el fuego. Vendrá a condenar a los malvados al castigo eterno y a llevar a su pueblo a sus mansiones eternas en los cielos.

Esperamos tal venida, y sin entrar en detalles minuciosos, trazando gráficos o pintando cuadros, nos contentamos con creer que Él viene en su gloria para mostrarse como lo que siempre fue: *Rey de reyes y Señor de señores* (Apocalipsis 19:16), Dios sobre todo, bendito por siempre. Para ser adorado y venerado, y no más despreciado y rechazado por los hombres.

¿Cuándo vendrá? Esa es una pregunta que la incredulidad formula con sobresalto. La fe responde: «No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones» (Hechos 1:7), «de aquel día y de aquella hora nadie sabe» (Mateo 24:36). Algún simplón dice: «Pero podemos saber la semana, el mes o el año». No juguéis con la Palabra de Dios y no os hagáis necios, porque debéis saber que la expresión significa que no sabéis nada del tiempo en absoluto, y nunca lo sabréis.

Cristo vendrá en un tiempo en que no lo esperemos, quizás precisamente cuando el mundo y la iglesia estén más dormidos, cuando las vírgenes prudentes y las insensatas hayan caído en un profundo sopor. Cuando los mayordomos comiencen a golpear a sus consiervos, y a beber, y a embriagarse. A medianoche, o quizás no hasta el canto del gallo, vendrá como un ladrón, y la casa será repentinamente desbaratada.

Pero vendrá, y eso es suficiente para que vosotros y yo lo sepamos. Y cuando Él venga, nosotros también nos manifestaremos, porque así como Él se manifieste, nosotros también nos manifestaremos con Él en gloria.

IV. El cuarto pensamiento es QUE CUANDO CRISTO SE MANIFIESTE, NOSOTROS TAMBIÉN NOS MANIFESTAREMOS.

¿Os sentís alguna vez como esos leones en los Jardines Zoológicos, caminando inquietos de un lado a otro frente a los barrotes de su jaula, y aparentando sentir que nunca fueron destinados a estar confinados dentro de esos estrechos límites? A veces meten la cabeza entre los barrotes, y luego se lanzan hacia atrás desgarrando el fondo de su mazmorra, o levantan el pavimento bajo sus pies, como si anhelaran la libertad.

¿Os sentís alguna vez así? ¿Vuestra alma desea liberarse de su jaula? Aquí hay una barra de hierro de pecado, de duda, y allí otra barra de hierro de desconfianza e infirmitad. ¡Oh, si pudierais

arrancarlas, deshaceros de todas ellas, haríais algo por Cristo —seríais como Cristo! ¡Oh, si pudierais por algún medio romper las ataduras de este cautiverio!

Pero no podéis, y por eso os sentís incómodos. Quizás habéis visto un águila con una cadena en su pata, posada sobre una roca —¡pobre criatura infeliz! Agita sus alas —mira al sol—, quiere volar directamente hacia él y desafiar al sol, mira al cielo azul, y parece como si pudiera olfatear el azul más allá de las nubes oscuras y quisiera alejarse. Y así prueba sus alas y sueña con remontarse —pero esa cadena, esa cruel cadena, la retiene implacablemente.

¿No os ha sucedido a menudo así? Sentís: «No estoy destinado a ser lo que soy, estoy seguro de que no. Tengo algo dentro de mí que está adaptado para algo mejor y más elevado, y quiero remontarme y elevarme —pero esa cadena— esa cadena que arrastra del cuerpo de pecado y muerte me mantiene abajo».

Ahora bien, es a vosotros, los que sois así, a quienes este texto se dirige y os dice: «Sí, vuestro estado presente no es la verdadera condición de vuestra alma, tenéis una vida oculta en vosotros. Esa vida vuestra anhela salir de las ataduras y los grilletes que la controlan, y será liberada pronto, porque Cristo viene, y cuando Cristo se manifieste, vosotros os manifestaréis —la misma manifestación que pertenece a Él os pertenece a vosotros. Él vendrá y entonces vuestro día de verdadera felicidad, gozo y paz, y todo lo que anheláis y deseáis, ciertamente llegará».

Me pregunto si el pequeño roble dentro de la bellota —pues hay un roble entero allí, y están todas las raíces, todas las ramas y todo dentro de esa bellota— me pregunto si ese pequeño roble dentro de la bellota tiene alguna premonición del clima veraniego que flotará sobre él cien años después, y de las nieblas que colgarán en otoño de sus hojas secas, y de los cientos de bellotas que él mismo arrojará cada otoño sobre la tierra, cuando se convierta en un gran árbol en el bosque.

Vosotros y yo somos como esa bellota. Dentro de cada uno de nosotros están los gérmenes de grandes cosas. Está el árbol que hemos de ser —quiero decir, está la cosa espiritual que hemos de ser, tanto en cuerpo como en alma, incluso ahora dentro de nosotros, y a veces aquí abajo, en momentos felices, obtenemos algunos indicios de lo que hemos de ser, y entonces ¡cómo queremos romper la cáscara, salir de la bellota y ser el roble!

¡Ay, pero esperad! Cristo no ha venido aún, cristiano, y no podéis salir de ahí hasta que llegue el tiempo para que Jesús se manifieste, y entonces os manifestaréis con Él en gloria. Muy pronto percibiréis en vuestra agua de lluvia ciertas cosas pequeñas y feas que nadan y se retuercen en ella, siempre tratando de alcanzar la superficie y respirar por un extremo de sus cuerpos.

¿Qué hace que estas pequeñas cosas sean tan vivas, esas innumerables cositas como renacuajos muy pequeños? ¿Por qué son tan vivas? Posiblemente tienen una idea de lo que van a ser. Llegará el

día en que, de repente, saldrá del caparazón de la criatura que habéis tenido nadando en vuestra agua, una cosa de patas largas con dos alas brillantes como de gasa, que se elevará en el aire y, en una tarde de verano, bailará a la luz del sol.

No es más ni menos que un mosquito. Tenéis nadando ahí un mosquito en una de sus primeras etapas. Sois exactamente así. Sois un ser no desarrollado. Aún no tenéis alas, y sin embargo, a veces en vuestra actividad por Cristo, cuando os sobrevienen los fuertes deseos de algo mejor, saltáis como un anticipo del gozo venidero.

No sé lo que he de ser, pero siento que hay un corazón dentro de mí demasiado grande para que estas costillas lo contengan. Tengo una chispa inmortal que no puede haber sido destinada a arder en esta pobre tierra y luego apagarse. Debe haber sido destinada a arder en el altar del cielo. Esperad un poco, y cuando Cristo venga, sabréis lo que sois.

Ahora estamos en el estado de crisálida, y aquellos que somos los gusanos más vivaces entre nosotros nos volvemos cada vez más inquietos en ese estado de crisálida. Algunos están tan congelados en él que se olvidan del más allá y parecen contentos de permanecer como crisálida para siempre. Pero otros de nosotros sentimos que preferiríamos no ser, a ser lo que somos ahora para siempre; sentimos como si tuviéramos que romper nuestras ataduras, y cuando llegue ese tiempo de ruptura, cuando la crisálida obtenga sus alas pintadas y se eleve a la tierra de las flores, entonces estaremos satisfechos.

El texto nos dice: «*Cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste*» —cuando Él salga en toda su gloria— «*entonces también vosotros os manifestaréis con Él en gloria*» (Colosenses 3:4). Si deseáis estas graciosas promesas detalladas con respecto al cuerpo, podéis escuchar palabras como estas: «*Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es el Señor del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales*» (1 Corintios 15:44, 47-48).

Cualquiera que sea el cuerpo de Cristo en el cielo, nuestro cuerpo será semejante a Él. Cualquiera que sea su gloria, fortaleza y poder, *nuestro cuerpo vil será transformado para ser semejante a su cuerpo glorioso* (Filipenses 3:21). En cuanto a nuestra alma, cualquier perfección absoluta —cualquier gozo inmortal que Cristo posea— nosotros lo poseeremos. Y en cuanto al honor —cualquier estima y amor que Cristo pueda tener de los seres inteligentes— nosotros compartiremos lo mismo.

Y en cuanto a la posición ante Dios —todo lo que Cristo tiene— nosotros estaremos donde Él está. ¿Están sus enemigos confundidos? Así también los nuestros. ¿Disciernen todos los mundos su gloria? También discernirán la nuestra. ¿Se borra de Él toda deshonra? Así será de nosotros. ¿Olvidan para siempre la vergüenza y los escupitajos, la cruz y los clavos? Así será en nuestro caso. ¿Es para siempre

«¡Gloria! ¡y honor! ¡y poder! ¡y dominio! ¡y dicha sin fin!» (Apocalipsis 5:13)? Así será en nuestro caso.

Consolémonos, pues, unos a otros con estas palabras, y levantemos la mirada de nuestro estado de ajeno y crisálida hacia ese día más feliz y mejor en que seremos como Él, porque *le veremos tal como Él es* (1 Juan 3:2).

Todo esto no tiene nada que ver con muchos de vosotros. Moriréis, pero nunca resucitaréis como Cristo. Moriréis, y moriréis —¿por qué dije «y moriréis»? Porque tendréis que sentir la segunda muerte, y esa segunda muerte, tenedlo presente, es tanto más tremenda que la primera como la trompeta del ángel es más terrible que la voz del predicador esta mañana.

¡Oh, ojalá Cristo fuera vuestra vida! Pero estáis muertos, y Dios dirá de vosotros uno de estos días, como Abraham dijo de Sara: «*Sepultad al muerto fuera de mi vista*» (Génesis 23:4), y debéis ser puestos fuera de su vista como una cosa pútrida y nociva. ¡Oh, que os vivificara este día!

«*Hay vida*», dice el himno, «*en una mirada al Crucificado*». ¹ Que Dios os ayude a dirigir una mirada a ese Cristo del que he hablado, y entonces os uniréis al resto de su pueblo diciendo: «*Cristo es nuestra vida*».

Que Dios bendiga estas débiles palabras mías, y las reconozca por su misma debilidad —tanto más para ilustrar su propia gracia y poder— por amor de Jesús. Amén.

Tomado de The Metropolitan Tabernacle Pulpit, Colección C. H. Spurgeon. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, algunos usos de puntuación, el uso de mayúsculas para los pronombres de la Deidad y la actualización mínima de algunas palabras arcaicas. El contenido no está abreviado. Recursos bíblicos adicionales disponibles en www.spurgeongems.org.

¹ Referencia al himno «Hay vida en mirar al Crucificado».